



REVISTA QUINCENAL
ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las republicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.
No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.
Los números sueltos se venden á 3 rs

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—INDOSTAN: La Mision de Gengy, pág. 381.—TUNG-KING CENTRAL: Trabajos de los misioneros, 382; La persecucion, 385.—SENEGAL: La Mision de Dakar, 386.—FILIPINAS: Fe de los indios; sus costumbres (conclusion), 387; Visita al interior de Luzon, 388.—MELANESIA Y MICRONESIA: Partida de misioneros del sagrado Corazon para Nueva-Guinea, 390.—CRÓNICA: Roma, Bulgaria, Armenia, Maduré, Cochinchina oriental, Tung-king, Africa central, Estados-Unidos, 394.—El árbol del pan, 395.—NOTAS CIENTÍFICAS: Dos bom-

bicianos sericígenos de Madagascar; 397.—El jesuita, 398.—Unos funerales en el mar, 400.—MISCELÁNEA, 400.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 25 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Vista general de Sivas en Armenia, 381.—Fuente de los Cuarenta Mártires, en id., 385.—Un canaco de Nueva-Bretaña, 388.—Nueva iglesia de Nuestra Señora de Sengol (del Cetro), en el Indostan, 389.—Ilmo. Lázaro Mladenoff, vicario apostólico de la Macedonia, 393.—Ilustrisimo Van Camelbeke, vicario apostólico de la Cochinchina oriental, 396.—Capullos del bibindandy, gusano de seda de Madagascar, 398.

LA MÁQUINA DE COSER.

(ARTÍCULO..... YANKEE).

La musa de la Industria se dió una palmada en la frente.

Ustedes que están acostumbrados á contar nueve musas y saben sus nombres de memoria, probablemente desconocen la musa que acabo de citar.

La musa de la Industria es una de las que últimamente penetraron en Helicon, cuando las artes útiles invadieron el reino de las bellas artes.

Pero esa es historia larga, y otro día se la contaré á ustedes más despacio.

Estábamos en que la Industria se dió una palmada en la frente, no porque la hubiera picado ningún mosquito, sino para fijar en la mente é impedir que se le escapara, una idea que acababa de surgir.

Esta idea, expresada en castellano, era la siguiente:

—Es preciso inventar una máquina para coser.

Toda invención ofrece dos dificultades: la primera, hallar objeto para un invento; la segunda, crear el invento para ese objeto.

Algunos creerán que lo primero es muy sencillo, y sin embargo, no es así.

Entre lo uno y lo otro media la misma diferencia que entre el argumento de un drama y su versificación.

Ahora bien: hay hombres que tienen facilidad para crear argumentos y no la tienen para desarrollarlos en verso, mientras que otros, excelentes poetas, no saben apenas inventar una intriga.

Lo mismo pasa en las invenciones industriales: unos hallan en seguida objetos dignos de un invento, pero jamás aciertan en la manera de producirlo; es decir, ven el fin, pero no los medios.

Esto es cabalmente lo que le sucedió á la musa de la Industria.

Ella planteó el siguiente problema:

«Coser con máquina.»

Pero faltaba resolver este problema, y su única solución práctica era ésta:

«Máquina de coser.»

La Industria necesitaba un invento que diese forma á su pensamiento, y se echó á buscarlo por estos mundos.

No fué al África; porque allí anda la gente en paños menores, y la invención sería, por lo tanto, poco útil.

No fué al Asia; porque allí los hombres tienen una imaginación muy buena para la poesía, pero muy mala para la maquinaria.

Del primer vuelo se plantó en Europa; pero no fué á Italia, porque esa es la patria de las nueve musas que ustedes conocen, y la Industria les profesa una aversión muy marcada.

El primer país que visitó fué España; pero así que vió á la mujer muy ocupada en el hogar, empleando el tiempo en labores domésticos y muy aficionada á la costura; cuando vió que la ropa del esposo y de los hijos, si tenía algún zurcido, no tenía ningún roto, frunció las cejas y exclamó al trasponer los Pirineos:

—No hace aquí falta mi máquina.

De un tiron se fué á París, con el corazón lleno de esperanza.

Pero vió que París era el taller de modas del universo, y que una infinidad de mujeres ganaban el sustento con su trabajo de costureras.

—Aquí, pensó, tendría mi invento una hueste de enemigas.— Y tomó el ferrocarril del Norte hácia Calais.

Allí se embarcó para Inglaterra, y vió con disgusto, que á pesar de lo corto de la travesía, las inglesas que no se mareaban, se entretenían á bordo en la labor ó en la lectura.

En el tren de Dover á Londres, la Industria vió varias señoritas, rubias como una espiga de trigo, ocupadas en dibujar, otras en tomar apuntes, quiénes leyendo, quiénes bordando.

Acercóse á una que estaba haciendo un dobladillo á un rico pañuelo bordado y le preguntó en voz baja:

—Miss, ¿no le gustaría á V. coser con máquina?

La interpelada dejó caer la labor, y con una mirada de asombro contestó á su interlocutora:

—¡Shocking! ¡Improper! La aguja, el dedal, el lápiz, el pincel, la pluma, un libro están bien en manos de una lady; pero una ¡máquina!

Lo musa de la Industria no paró hasta Liverpool, y allí se embarcó para América.

Le habían dicho que en los Estados Unidos todo se hacía con máquina, y quiso probar si en la patria de Franklin, de Fulton y de Morse hallaría un inventor que diese cuerpo á su idea.

Llegó á Nueva-York y vió las calles atestadas de señoras que paseaban.

Recorrió las casas de día y las halló desiertas: el marido estaba en la oficina, la mujer en el paseo, en las tiendas, en el teatro.

Las recorrió de noche, y halló al marido leyendo el periódico en su cuarto; á la mujer muy emperifollada en el salón, tocando el piano ó recibiendo las visitas de sus amigos.

—¿Cuándo cosen estas mujeres? se preguntó la Industria; y no pudiendo resistir á los impulsos de la curiosidad, condicion inseparable de su sexo, se fué á hurtadillas á la alcoba de la mujer y pasó á su ropa la revista más escrupulosa.

Allí vió.....

Tente, pluma, no vayas á ser tan indiscreta como la musa.

No digas todo lo que vió, porque hasta la tinta se pondrá encarnada.

Di solamente que había en la ropa muchos descosidos, y que para un descosido había un roto.

Di que había botones sin pegar, volantes prendidos con alfileres; di que faltaban broches, y di que los alfileres son la panacea con que las norte-americanas curan las heridas y rasguños de sus trajes.

—¿Si sabrán coser? pensó la Industria; y para aclarar esta duda fué á recorrer las escuelas, colegios y seminarios de señoritas.

Observó que les enseñaban latín, álgebra, geometría, geología, astronomía, física, química, historia natural y filosofía natural, pero que no aprendían á coser, que hubiera sido lo más natural de todo.

La musa de la Industria estaba perpleja y no sabía darse razón de lo que veía.

A la primera dama elegante que encontró en Broadway la detuvo y le preguntó:

—¿Quién le hace á V. los vestidos?

—¡Toma! la modista.

—¿Y la ropa blanca?

—La compro hecha.

—Pero los dobladillos de los pañuelos, de las sábanas, de las servilletas.....

—Ready made. Todo hecho.

—¿Y quién le repasa á V. la ropa?

—Nadie.

—¿Y cuándo se estropea?

—La tiro y compro otra.

—Pero, ¿por qué no la remienda V.?

—¿Quién va á perder el tiempo en eso? *Time is money.*

—¿No le gusta á V. coser?

—¡Coser! eso no es propio de una señora.

—¿Y si se cosiera con máquina?

—¡Ah! entonces sí: no precisamente en coser, sino por manejar la máquina.

La musa de la Industria, que recordaba la contestación de la lady inglesa, se quedó estupefacta al oír la respuesta de la lady americana.

Voy viendo que este país es el más á propósito para mi invento, dijo la musa para sus adentros, y siguió adelante en sus observaciones.

Pasó por su lado un caballero y le preguntó:

—¿A V. no le estropea la ropa la lavandera?
 —Me la pone hecha una lástima.
 —¡Oiga! ¿Y quién se la compone á V.?
 —Nadie. Cuando está inservible, la repongo. Por eso llevo cuellos de papel, interior de algodón, de baratillo; porque si no, ¡dónde iríamos á parar!...

—¿Y á V. no se le descose nunca el chaleco, no se le corta el forro del paletó, ni se le salta ningún botón?
 —¡Ya lo creo! como á todo hijo de vecino.
 —¿Y quién se lo arregla á V.?
 —El sastre.
 —¿Para pegar un botón tiene V. que acudir al sastre?
 —Como usted lo oye.
 —Es V. casado ó soltero?
 —Casado.
 —¿Y su señora no puede pegarle un botón?
 —Desde que me casé, no he visto una aguja en casa.
 —¿Su esposa sabrá coser?
 —Ni sabe, ni le gusta, ni tiene tiempo...
 —De modo que una máquina de coser...
 —Hace mucha falta. Eso sí que sería una gran invención. Los ojos de la musa brillaron como dos soles.
 —Decididamente, pensó, éste es el país que me conviene. Pero ¿cómo inventar la máquina, como realizaré mi pensamiento? ¿Cómo? *How, how*, gritó desesperada.

Pasaba á la sazón un hombre de aspecto venerable; su cara, llena y afeitada, y su blanca y larga cabellera peinada hacía atrás, le daban alguna semejanza con Benjamin Franklin, el inventor de los pararrayos.
 —¿Me llama V.?, le preguntó á la musa.
 —Y usted, ¿quién es? repuso ésta.
 —*Helias Howe* (1): soy mecánico, para lo que V. guste mandar.
 —Pues el cielo os envía. Necesito una máquina para coser.
 —¡Máquina para coser! No está mal pensado. Voy á ocuparme de ello. Venid á mi taller dentro de una semana.
 La musa de la Industria fué puntual á la cita.
 —¿Qué tenemos? preguntó á Howe.
 —Ya está: mirad.
 Y el mecánico desdobló un papel en que había trazado el bosquejo de una máquina.
 —¿Qué motor empleáis? preguntó la musa.
 —El más á propósito. Ni el vapor, ni el agua, ni el aire comprimido, ni la electricidad hubieran sido adecuados al objeto. Yo me he dicho: «esta máquina es para uso de las mujeres; lo que más mueven nuestras mujeres, después de la lengua, son los pies, pues siempre están en la calle: luego, el mejor motor para esta máquina son los pies. Así las señoras, mientras cosan, se figurarán que están paseando.» Además, parece como que la naturaleza había previsto el uso que habían de tener los pies de nuestras mujeres, y no ha sido con ellas nada avara.
 La musa se rió de la ocurrencia.
 Poco después *Helias Howe* daba al mundo la primera máquina de coser.
 —¿Comprenden ustedes ahora por qué los Estados-Unidos fueron la cuna de esas máquinas?

(*Hormiga de oro*).

RIDICULECES MAS.:

I.

En uno de los más revueltos periodos de la Italia contemporánea, encontrábase en Roma presenciando una procesion dos personajes, diversos en todo, hasta en figura, pero á quienes la casualidad, la ley de los contrastes, como dirian ciertos filósofos, la Providencia como yo la llamo, había colocado juntos en aquella ocasion.

(1) El adverbio *how* (como) se pronuncia en inglés *jau* y el apellido *Howe*, aunque diferente en ortografía, se pronuncia del mismo modo.

Era el uno de ellos un mason, de los más aficionados al mandil, libre-pensador por los cuatro costados y con una voz de bajo profundo que admirablemente le servia para sobreponerse á sus competidores, ya que no para acallar la enérgica voz de la conciencia. Llamábase Galettini, y se había hecho célebre por sus poco envidiables condiciones.

A su derecha estaba Ferrucci, jóven abogado de Módena, y católico á macha-martillo, el cual á pesar de su vastísima ilustracion y acrisolada virtud, había conquistado poco renombre, indudablemente porque el premio de los buenos no se recibe en la tierra.

Galettini apenas le vió acercarse se fijó en él, y creyendo poder sacar algun partido, dijo con sarcástica sonrisa:

—¡Qué ridiculas son las procesiones!

Ferrucci iba á contestar, pero temiendo dar un escándalo si la disputa se agriaba, juzgó más oportuno alejarse de allí: la muralla de gente que le rodeaba le hizo comprender bien pronto que su resolucion era irrealizable:

El mason seguia en tanto despachándose á su gusto:

—Oh, ya vienen los curas, decia, los que enseñan al pueblo incomprensibles misterios, y ¡oh baldon! son ciegamente obedecidos... Aquel, si no ando equivocado, es un fraile, uno de esos que esclavizan su voluntad con terribles votos... El santo en la peana; ¿á qué viene este endiosamiento de un mortal?...

Ferrucci se iba encendiendo por momentos, una justa indignacion le dominaba: tuvo sin embargo la suficiente fuerza de voluntad para contenerse. Unicamente cuando todo terminó, volviéndose el audaz Galettini;

—Caballero, le dijo, cito á V. en este mismo sitio para dentro de tres meses. Quiero tomarme este plazo para demostrarle con los datos justificantes en la mano quiénes son los que realmente hacen ridiculeces. Sed testigos, añadió volviéndose á dos de sus amigos, de este reto, y acordaos en su dia de acompañarme á cumplir mi palabra.

El mason contestó resueltamente:

—No temo, volveré dentro de tres meses justos, á la misma hora las siete de la tarde.

II.

Pasaron veinte dias. Las calles de Roma que han presenciado el desfile de todas las grandezas de los tiempos antiguos y de los siglos medios, contemplan ahora, sorprendidas de tanto envilecimiento, una procesion civica en honor de Garibaldi. Inútil creo añadir que Galettini que abominaba las procesiones sólo por ser católicas, asistió á esta procesion de nueva especie, verdadera mascarada, segun el sentido de la gente cuerda.

Allí, junto al busto del viejo pirata, el mason se enorgullecía de enarbolar una bandera roja, y creiase lo ménos un Heliogábalo, haciendo su triunfal entrada en Roma pagana, delante de la imágen de su dios.

Pero cuando más embebido iba en estas reflexiones, á uno de los curiosos que en la calle había se le ocurrió decir:

—¡Qué ridiculas son las procesiones masónicas, extravagante parodia de las procesiones católicas!

Con la ira del chacal al precipitarse sobre su victima, Galettini se volvió hácia el lugar de donde la voz saliera, pero apenas lo hizo oyó exclamar á su espalda:

—El pirata en la peana. ¿A qué viene este endiosamiento de un mortal?

Galettini, más furioso que nunca, lanzando rayos por los ojos, giró sobre sus talones y se encontró frente á frente con Ferrucci, á quien amenazó con el puño cerrado.

III.

Estamos en 18 de Abril de 18...; Ferrucci teniendo noticia de que aquel dia, Galettini iba á recibir la iniciacion del grado 29 en la lógia masónica, habiase propuesto darle un nuevo disgusto, que le hiciera, no *Gran maestro de la Luz*, sino *Gran discípulo de la Luz del mundo*, que es Jesucristo.

El pensamiento era atrevido, pero Ferrucci era valiente, y no se arredraaba ante las dificultades. Parecía, por el contrario, que se complacía en buscarlas para tener la satisfacción de vencerlas.

Inmediata á la lógia estaba la casa del amigo predilecto de Ferrucci, de aquel que llamó primeramente la atención de Galettini en la procesion civica. El local de las iniciaciones tomaba luces de un patio de la casa citada.

—Dios nos presenta una buena ocasion, y no hay que desperdiciarla, decía el jóven abogado de Módena.

—Si las ventanas estuvieran abiertas, observó el amigo.

—Dios lo hará: tengo ese presentimiento.

Y los dos amigos salieron al balcon que daba al patio.

Al cabo de un rato las ventanas de la logia se abrieron: el local era muy reducido y los sectarios necesitaban respirar aire más puro.

Ferrucci y su amigo se pusieron á observar.

Aquel dia se verificaban varias iniciaciones, cada una con sus ceremonias, diversas, es cierto, pero ridiculas siempre. Allí un jóven imberbe recibía de un mason barbudo el compás, el mandil, la escuadra y otras baratijas; allá otros más adelantados en el camino del mal inclinaban la cabeza al contacto de una espada, pronunciando juramentos terribles y promesas de una obediencia con la que venian á hacerse esclavos de otro hombre.

Tocóle tambien su turno á Galettini, y en él se repitieron idénticas ceremonias. Terminada la iniciacion é instruccion el jefe de la lógia le dirigió un monótono discurso que terminó con estas palabras: «¡No paseis mas adelante! ¡No nos pidais nuestro secreto!» (1)

(1) Estas palabras están tomadas textualmente del ritual masónico.—V. las *Liturgias* del doctor Castro.

Ferrucci no pudo contenerse más.

—Los masones, dijo, rechazan los racionales misterios cristianos y abrazan los misterios de las logias; anatematizan los votos religiosos y hacen á su vez votos más humillantes y juramentos verdaderamente indignos de un hombre.

Las ventanas de la logia se cerraron entonces con estrépito: Galettini se asomó antes á una de ellas buscando al que tan enérgicamente le apostrofaba, pero sólo vió en frente un balcon treabierto.

IV.

Los tres meses del plazo tocaban á su término: Ferrucci impaciente aguardaba el dia prefijado, cuando una mañana recibió una carta. Rompió el sobre, y pudo leer estas palabras:

«Sr. Ferrucci: Por encargo de la logia masónica os he andado buscando para asesinaros. Cuatro veces lo he intentado inútilmente, y esta circunstancia me hace desistir por completo de mis propósitos: os ruego que nada digais hasta que haya conseguido librarme de mis hh.:, que desean vengarse privándome de la vida. Poneos tambien en salvo y pedid por mí á vuestro Dios, en quien empiezo á creer.—Siempre vuestro,—Galettini.»

Ferrucci, agradecido al beneficio que Dios le habia dispensado, resolvió consagrarse á él, y se hizo jesuita.

Un dia, estando en el confesonario, vió acercarse á un hombre cuyas facciones recordó al momento.

Era Galettini que venia á hacer confesion general.—H.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS LATINAS PARA SEMINARIOS.

Biblia Sacra vulgatæ editionis, Sixti V Pont. Max. iussu recognita, et Clementis VIII auctoritate edita, *Deer. S. Congreg. Ind. approbata*: un tomo en 8.º, pesetas 7.

Hermeneutica Sacra, seu Introductio in omnes et singulos Libros sacros veteris et novi Foederis, auctore I. H. Ianssens: un tomo en 8.º, pesetas 3'25.

Introductio in Libros Sacros veteris et novi Testamenti, usui eorum accommodata, qui a disciplinis philosophicis ad Scripturæ S. et Theologiæ studia gradum facere parant. *Con una Carta geográfica de la Palestina*: un tomo en 8.º, ptas. 1'50.

Marchini (Ioanis Franc.) De Divinitate et Canonicitate Sacrorum Bibliorum generatim et singillatim; *editio secunda*, A. Giovannini et S. Villoresi; un tomo en 8.º, pesetas 6.

Novum Testamentum Domini Nostri Iesu Christi vulgatæ editionis iuxta exemplar vaticanum; un tomo en 32.º, pesetas 1'25.

Tirinus. In universam S. Scripturam commentarius, cum adnotationibus; *editio nova*, 5 tomos en 8.º grande, pesetas 50.

Veith. Scriptura Sacra contra incredulos propugnata; *editio secunda*, 3 tomos en 8.º, pesetas 10.

Weitenauer. Lexicon Biblicum; in quo explicantur Vulgatæ vocabula et phrases; un tomo en 8.º, pesetas 3'50.

Compendium Hermeneuticæ sacræ Beatæ Mariæ Virginis dicatum. Cuarto tomo de la Biblioteca eclesiástica por el P. José Calasanz de Llevaneras, guardian de los Capuchinos de Igualada.—Un tomo en 8.º de más de 332 páginas, 1 peseta en rústica.

Hermeneutica Sacra, sive Prælectiones ad Sacram Scripturam, D. Andrea Posa et Morera, Pbro., un tomo en 8.º, á 3 pesetas.

Cornelius a Lapide. Commentarii in Scripturam Sacram.—Diez volúmenes en fóllo de más de 1200 páginas el tomo, á 120 pesetas toda la obra.

Schouppe. Cursus Scripturæ Sacræ.—Dos tomos en 8.º, 10 pesetas.

Tesoros de Cornelio a Lapide. Extracto de los comentarios de este célebre autor sobre la Sagrada Escritura, por el abate Barbier, traducido por don Carlos Soler y Arqués.—Cuatro tomos en 4.º, 28 pesetas.

Corte. Logicæ Generalis et Metaphysicæ elementa; en 8.º, *editio tertia*. Un opúsculo á pesetas 1'25.

Sanseverino. Philosophia christiana cum antiqua comparata, in Compendium redacta ad usum scholarum clericalium; *editio quinta*, 2 tomos en 12.º, pesetas 8.

Arvisenet. Memoriale Vitæ Sacerdotalis; adduntur preces ante et post Missam, nec non preces agonizantium, formula benedictionis apostolicæ, et orationes variae; un tomo 32.º, pesetas 2.

SEGUN EL PEDIDO SE HARÁ REBAJA DE LOS PRECIOS MENCIONADOS EN EL PRESENTE ANUNCIO.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion, de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona: